

Benedicto XVI habla a los niños y adolescentes

«Como Jesús, también la Iglesia manifiesta una predilección particular por la infancia»

Laureano López

Licenciado en filosofía

[...]

Con afecto me dirijo sobre todo a vosotros, queridos niños, y a vuestros familiares, que están junto a vosotros con mucha solicitud. Gracias de corazón a vuestro representante, que me ha ofrecido un hermoso regalo en nombre de toda la familia del “Niño Jesús”. Estoy cerca de cada uno de vosotros y quisiera haceros sentir el consuelo y la bendición de Dios. El mismo deseo quiero expresar a quienes se encuentran en las sucursales de Palidoro y Santa Marinella, igualmente tan cerca para mí.

[...]

Al pasar por algunas salas y encontrarme con tantos niños que sufren he pensado espontáneamente en Jesús, que amaba tiernamente a los niños y quería que los dejaran acercarse a él. Sí, como Jesús, también la Iglesia manifiesta una predilección particular por la infancia, especialmente cuando se trata de niños que sufren. Este es, pues, el segundo motivo por el que he venido a visitaros: para testimoniar también yo el amor de Jesús a los niños, un amor que fluye espontáneamente del corazón y que el espíritu cristiano acrecienta y refuerza. El Señor dijo: “Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis” (*Mt 25, 40. 45*). En toda persona que sufre, más aún si es pequeña e indefensa, Jesús nos acoge y espera nuestro amor [...]. (*Visita al hospital infantil del “Niño Jesús”, 30 de septiembre de 2005*).

«Catequesis del Santo Padre»

Andrés: Querido Papa, ¿qué recuerdo tienes del día de tu primera Comunión?

Ante todo, quisiera dar las gracias por esta fiesta de fe que me ofrecéis, por vuestra presencia y vuestra alegría. Saludo y agradezco el abrazo que algunos de vosotros me han dado, un abrazo que simbólicamente vale para

todos vosotros, naturalmente. En cuanto a la pregunta, recuerdo bien el día de mi primera Comunión. Fue un hermoso domingo de marzo de 1936; o sea, hace 69 años. Era un día de sol; era muy bella la iglesia y la música; eran muchas las cosas hermosas y aún las recuerdo. Éramos unos treinta niños y niñas de nuestra pequeña localidad, que apenas tenía 500 habitantes. Pero en el centro de mis recuerdos alegres y hermosos, está este pensamiento -el mismo que ha dicho ya vuestro portavoz-: comprendí que Jesús entraba en mi corazón, que me visitaba precisamente a mí. Y, junto con Jesús, Dios mismo estaba conmigo. Y que era un don de amor que realmente valía mucho más que todo lo que se podía recibir en la vida; así me sentí realmente feliz, porque Jesús había venido a mí. Y comprendí que entonces comenzaba una nueva etapa de mi vida -tenía 9 años- y que era importante permanecer fiel a ese encuentro, a esa Comunión. Prometí al Señor: “Quisiera estar siempre contigo” en la medida de lo posible, y le pedí: “Pero, sobre todo, está tú siempre conmigo”. Y así he ido adelante por la vida. Gracias a Dios, el Señor me ha llevado siempre de la mano y me ha guiado incluso en situaciones difíciles. Así, esa alegría de la primera Comunión fue el inicio de un camino recorrido juntos. Espero que, también para todos vosotros, la primera Comunión, que habéis recibido en este Año de la Eucaristía, sea el inicio de una amistad con Jesús para toda la vida. El inicio de un camino juntos, porque yendo con Jesús vamos bien, y nuestra vida es buena.

Livia: Santo Padre, el día anterior a mi primera Comunión me confesé. Luego, me he confesado otras veces. Pero quisiera preguntarte: ¿debo confesarme todas las veces que recibo la Comunión? ¿Incluso cuando he cometido los mismos pecados? Porque me doy cuenta de que son siempre los mismos.

Diría dos cosas: la primera, naturalmente, es que no debes confesarte siempre antes de la Comunión, si no has cometido pecados tan graves que necesiten confesión. Por tanto, no es necesario confesarse antes de cada Comunión eucarística. Este es el primer punto. Sólo es necesario en el caso de que hayas cometido un pecado realmente grave, cuando hayas ofendido profundamente a Jesús, de modo que la amistad se haya roto y debas comenzar de nuevo. Sólo en este caso, cuando se está en pecado “mortal”, es decir, grave, es necesario confesarse antes de la Comunión. Este es el primer punto. El segundo: aunque, como he dicho, no sea necesario confesarse antes de cada Comunión, es muy útil confesarse con cierta frecuencia. Es verdad que nuestros pecados son casi siempre los mismos, pero limpiamos nuestras casas, nuestras habitaciones, al menos una vez por semana, aunque la su-

ciudad sea siempre la misma, para vivir en un lugar limpio, para recomenzar; de lo contrario, tal vez la suciedad no se vea, pero se acumula.

Algo semejante vale también para el alma, para mí mismo; si no me confieso nunca, el alma se descuida y, al final, estoy siempre satisfecho de mí mismo y ya no comprendo que debo esforzarme también por ser mejor, que debo avanzar. Y esta limpieza del alma, que Jesús nos da en el sacramento de la Confesión, nos ayuda a tener una conciencia más despierta, más abierta, y así también a madurar espiritualmente y como persona humana. Resumiendo, dos cosas: sólo es necesario confesarse en caso de pecado grave, pero es muy útil confesarse regularmente para mantener la limpieza, la belleza del alma, y madurar poco a poco en la vida.

Andrés: Mi catequista, al prepararme para el día de mi primera Comunión, me dijo que Jesús está presente en la Eucaristía. Pero ¿cómo? Yo no lo veo.

Sí, no lo vemos, pero hay muchas cosas que no vemos y que existen y son esenciales. Por ejemplo, no vemos nuestra razón; y, sin embargo, tenemos la razón. No vemos nuestra inteligencia, y la tenemos. En una palabra, no vemos nuestra alma y, sin embargo, existe y vemos sus efectos, porque podemos hablar, pensar, decidir, etc. Así tampoco vemos, por ejemplo, la corriente eléctrica y, sin embargo, vemos que existe, vemos cómo funciona este micrófono; vemos las luces.

En una palabra, precisamente las cosas más profundas, que sostienen realmente la vida y el mundo, no las vemos, pero podemos ver, sentir sus efectos. No vemos la electricidad, la corriente, pero vemos la luz. Y así sucesivamente. Del mismo modo, tampoco vemos con nuestros ojos al Señor resucitado, pero vemos que donde está Jesús los hombres cambian, se hacen mejores. Se crea mayor capacidad de paz, de reconciliación, etc. Por consiguiente, no vemos al Señor mismo, pero vemos sus efectos: así podemos comprender que Jesús está presente. Como he dicho, precisamente las cosas invisibles son las más profundas e importantes. Por eso, vayamos al encuentro de este Señor invisible, pero fuerte, que nos ayuda a vivir bien.

Julia: Santidad, todos nos dicen que es importante ir a misa el domingo. Nosotros iríamos con mucho gusto, pero, a menudo, nuestros padres no nos acompañan porque el domingo duermen. El papá y la mamá de un amigo mío trabajan en un comercio, y nosotros vamos con frecuencia fuera de la ciudad a visitar a nuestros abuelos. ¿Puedes decirles una palabra para que entiendan que es importante que vayamos juntos a misa todos los domingos?

Creo que sí, naturalmente con gran amor, con gran respeto por los padres que, ciertamente, tienen muchas cosas que hacer. Sin embargo, con el respeto y el amor de una hija, se puede decir: querida mamá, querido papá, sería muy importante para todos nosotros, también para ti, encontrarnos con Jesús. Esto nos enriquece, trae un elemento importante a nuestra vida. Juntos podemos encontrar un poco de tiempo, podemos encontrar una posibilidad. Quizá también donde vive la abuela se pueda encontrar esta posibilidad. En una palabra, con gran amor y respeto, a los padres les diría: “Comprended que esto no sólo es importante para mí, que no lo dicen sólo los catequistas; es importante para todos nosotros; y será una luz del domingo para toda nuestra familia”.

Alejandro: ¿Para qué sirve, en la vida de todos los días, ir a la santa misa y recibir la Comunión?

Sirve para hallar el centro de la vida. La vivimos en medio de muchas cosas. Y las personas que no van a la iglesia no saben que les falta precisamente Jesús. Pero sienten que les falta algo en su vida. Si Dios está ausente en mi vida, si Jesús está ausente en mi vida, me falta una orientación, me falta una amistad esencial, me falta también una alegría que es importante para la vida. Me falta también la fuerza para crecer como hombre, para superar mis vicios y madurar humanamente. Por consiguiente, no vemos enseguida el efecto de estar con Jesús cuando vamos a recibir la Comunión; se ve con el tiempo. Del mismo modo que a lo largo de las semanas, de los años, se siente cada vez más la ausencia de Dios, la ausencia de Jesús. Es una laguna fundamental y destructora. Ahora podría hablar fácilmente de los países donde el ateísmo ha gobernado durante muchos años; se han destruido las almas, y también la tierra; y así podemos ver que es importante, más aún, fundamental, alimentarse de Jesús en la Comunión. Es él quien nos da la luz, quien nos orienta en nuestra vida, quien nos da la orientación que necesitamos.

Ana: Querido Papa, ¿nos puedes explicar qué quería decir Jesús cuando dijo a la gente que lo seguía: “Yo soy el pan de la vida”?

En este caso, quizá debemos aclarar ante todo qué es el pan. Hoy nuestra comida es refinada, con gran diversidad de alimentos, pero en las situaciones más simples el pan es el fundamento de la alimentación, y si Jesús se llama el pan de vida, el pan es, digamos, la sigla, un resumen de todo el alimento. Y como necesitamos alimentar nuestro cuerpo para vivir, así también nuestro espíritu, nuestra alma, nuestra voluntad necesita alimentarse. Nosotros, como personas humanas, no sólo tenemos un cuerpo sino también un alma; somos

personas que pensamos, con una voluntad, una inteligencia, y debemos alimentar también el espíritu, el alma, para que pueda madurar, para que pueda llegar realmente a su plenitud. Así pues, si Jesús dice “yo soy el pan de vida”, quiere decir que Jesús mismo es este alimento de nuestra alma, del hombre interior, que necesitamos, porque también el alma debe alimentarse. Y no bastan las cosas técnicas, aunque sean importantes.

Necesitamos precisamente esta amistad con Dios, que nos ayuda a tomar las decisiones correctas. Necesitamos madurar humanamente. En otras palabras, Jesús nos alimenta para llegar a ser realmente personas maduras y para que nuestra vida sea buena.

Adriano: Santo Padre, nos han dicho que hoy haremos adoración eucarística. ¿Qué es? ¿Cómo se hace? ¿Puedes explicárnoslo? Gracias.

Bueno, ¿qué es la adoración eucarística?, ¿cómo se hace? Lo veremos enseguida, porque todo está bien preparado: rezaremos oraciones, entonaremos cantos, nos pondremos de rodillas, y así estaremos delante de Jesús. Pero, naturalmente, tu pregunta exige una respuesta más profunda: no sólo cómo se hace, sino también qué es la adoración. Diría que la adoración es reconocer que Jesús es mi Señor, que Jesús me señala el camino que debo tomar, me hace comprender que sólo vivo bien si conozco el camino indicado por él, sólo si sigo el camino que él me señala. Así pues, adorar es decir: “Jesús, yo soy tuyo y te sigo en mi vida; no quisiera perder jamás esta amistad, esta comunión contigo”. También podría decir que la adoración es, en su esencia, un abrazo con Jesús, en el que le digo: “Yo soy tuyo y te pido que tú también estés siempre conmigo” (*Encuentro de catequesis y de oración con los niños de primera comunión*, 15 de octubre de 2005).

«Testimonio que Jesús no quita nada a vuestra alegría, sino que os hace más humanos»

[...] Me habéis dicho que este año vuestro camino formativo se centra en la belleza al buscar la verdad. Por eso, habéis escogido un eslogan sencillo y eficaz: “Belleza y verdad”. La Navidad es el gran misterio de la verdad y de la belleza de Dios, que viene a habitar en medio de nosotros para la salvación de todos.

El nacimiento de Jesús no es una fábula; es una historia que aconteció realmente en Belén hace dos mil años. La fe nos hace reconocer en ese pequeño Niño, nacido de María Virgen, al verdadero Hijo de Dios, que por amor a nos-

otros se hizo hombre. “El rey del cielo viene a una cueva, en medio del frío y del hielo”, reza el villancico “Tu scendi dalle stelle”, conocido en todo el mundo.

En el rostro de Jesús niño contemplamos el rostro de Dios, que no se revela en la fuerza o el poder, sino en la debilidad y en la frágil constitución de un niño. Este “Niño Dios”, envuelto en pañales y recostado en el pesebre con maternal solicitud por su madre, María, revela toda la bondad y la infinita belleza de Dios. Manifiesta la fidelidad y la ternura del amor ilimitado que Dios nos tiene a cada uno.

Por esto hacemos fiesta en Navidad, reviviendo la experiencia de los pastores de Belén. Juntamente con muchos padres y madres que trabajan cada día afrontando continuos sacrificios, hacemos fiesta con los niños, los enfermos, los pobres, porque con el nacimiento de Jesús el Padre celestial respondió al deseo de verdad, de perdón y de paz de nuestro corazón. Y respondió con un amor tan grande que nos sorprendió: nadie hubiera podido imaginarlo jamás, si Jesús no nos lo hubiera revelado.

El asombro que experimentamos ante el encanto de la Navidad se refleja, de alguna manera, en la maravilla de todo nacimiento y nos invita a reconocer al Niño Jesús en todos los niños, que son la alegría de la Iglesia y la esperanza del mundo. El recién nacido que viene al mundo en Belén es el mismo Jesús que recorrió los caminos de Galilea y dio su vida por nosotros en la cruz; es el mismo Jesús que resucitó y, después de subir al cielo, sigue guiando a su Iglesia con la fuerza de su Espíritu. Esta es la verdad hermosa y grande de nuestra fe cristiana.

Queridos muchachos de la Acción católica, el Papa os quiere, confía en vosotros y os encomienda hoy la tarea de ser amigos y testigos de Jesús, que en Belén vino a habitar en medio de nosotros. ¿No es hermoso darlo a conocer cada vez más entre vuestros amigos, en las ciudades, en las parroquias y en vuestras familias? La Iglesia os necesita para estar cerca de todos los niños y muchachos que viven en Italia. Testimoniad que Jesús no quita nada a vuestra alegría, sino que os hace más humanos, más verdaderos, más hermosos [...] (*Discurso a los niños y muchachos de la Acción Católica Italiana*, 21 de diciembre de 2006).

«La amistad con Jesús es un don tan hermoso que no se puede tener sólo para sí mismo»

[...] Quiero deciros que aprecio mucho vuestro compromiso en la Infancia misionera. Veo que sois pequeños colaboradores en el servicio que el

Papa presta a la Iglesia y al mundo: vosotros me sostenéis con vuestra oración y también con vuestro compromiso por difundir el Evangelio. Hay muchos niños que aún no conocen a Jesús. Y, por desgracia, hay otros muchos que carecen de lo necesario para vivir: alimento, asistencia sanitaria, instrucción; a muchos les falta paz y serenidad. La Iglesia les dispensa una atención particular, especialmente mediante los misioneros; y también vosotros os sentís llamados a dar vuestra contribución, tanto individualmente como en grupo. La amistad con Jesús es un don tan hermoso que no se puede tener sólo para sí mismo. Quien recibe este don siente la necesidad de transmitirlo a los demás; y, de este modo, el don, compartido, no disminuye sino que se multiplica. Seguid así. Vosotros estáis creciendo y pronto llegaréis a ser adolescentes y jóvenes: no perdáis vuestro espíritu misionero. Mantened una fe siempre límpida y genuina, como la de san Pedro. Queridos pequeños amigos, os encomiendo a la protección de la Virgen [...] (*Carta a los niños austriacos que participan activamente en la Obra Pontificia de la Infancia Misionera*, Castelgandolfo, 3 de septiembre de 2007).

«La santidad es para todas las edades: para los niños y para los jóvenes»

[...] Me ha complacido que hace unos momentos hayáis citado a una niña, Antonia Meo, llamada Nennolina. Precisamente hace tres días decreté el reconocimiento de sus virtudes heroicas y espero que pronto se concluya felizmente su causa de beatificación. ¡Qué ejemplo tan luminoso dejó esta pequeña coetánea vuestra! Nennolina, niña romana, en su brevísima vida — sólo seis años y medio — demostró una fe, una esperanza y una caridad especiales, así como las demás virtudes cristianas. Aunque era una niña frágil, logró dar un testimonio fuerte y robusto del Evangelio, y dejó una huella profunda en la comunidad diocesana de Roma. Nennolina pertenecía a la Acción católica. Seguramente hoy estaría inscrita en la A.C.R. Por eso podéis considerarla como una amiga vuestra, un modelo en el cual inspiraros.

Su vida, tan sencilla y al mismo tiempo tan importante, demuestra que la santidad es para todas las edades: para los niños y para los jóvenes, para los adultos y para los ancianos. Cada etapa de nuestra vida puede ser propicia para decidirse a amar en serio a Jesús y para seguirlo fielmente. En pocos años Nennolina alcanzó la cumbre de la perfección cristiana que todos estamos llamados a escalar; recorrió velozmente la “autopista” que lleva a Jesús.

Más aún, como habéis recordado vosotros mismos, Jesús es el verdadero “camino” que nos lleva al Padre y a su casa, a nuestra casa definitiva, que es

el Paraíso. Como sabéis, Antonia vive ahora en Dios, y desde el cielo está cerca de vosotros: sentidla presente con vosotros, en vuestros grupos. Aprended a conocerla y a seguir sus ejemplos. Creo que también ella se alegrará de sentirse todavía “implicada” en la Acción católica.

Dado que estamos en Navidad, quiero expresaros mis mejores deseos de alegría y serenidad, pero permitid que, además de estos deseos, formule otro para todo el año que comenzaremos dentro de poco. Lo hago tomando como punto de partida vuestro eslogan para el año 2008: que avancéis siempre con alegría por el camino de la vida con Jesús. Él un día dijo: “Yo soy el camino” (*Jn 14, 6*). Jesús es el camino que lleva a la verdadera vida, la vida que nunca termina.

Es un camino a menudo estrecho y en subida, pero para quien se deja atraer por él es siempre estupendo, como un sendero de montaña: cuanto más se asciende, tanto más se pueden admirar desde arriba panoramas nuevos, más hermosos y más amplios. Esa subida exige esfuerzo, pero no estamos solos: nos ayudamos unos a otros, nos esperamos, damos una mano a los que se quedan atrás... Lo importante es no extraviarse, no perder el camino, pues de lo contrario corremos el peligro de caer en un abismo, de perdernos en el bosque.

Queridos muchachos, Dios se hizo hombre para mostrarnos el camino; más aún, al hacerse niño, él mismo se hizo “camino” también para vosotros, los muchachos. Fue como vosotros, tuvo vuestra edad. Seguidlo con amor, manteniendo cada día vuestra mano en la suya [...] (*Discurso a los muchachos y muchachas de la Acción Católica Italiana, 20 de diciembre de 2007*).

«Tened todos la certeza de que Dios no nos abandona jamás»

[...] Os abrazo a vosotros, amadísimos niños, que sois acogidos y asistidos con solicitud y amor en este hospital [...]

Así aflora el pensamiento de la presencia silenciosa de Dios, que acompaña casi imperceptiblemente al hombre en su largo camino en la historia. La única verdadera esperanza “fiable” es Dios, que en Jesucristo y en su Evangelio ha abierto de par en par sobre el futuro la puerta oscura del tiempo. “He resucitado y ahora estoy siempre contigo —nos repite Jesús, especialmente en los momentos más difíciles—; mi mano te sostiene. Dondequiera que caigas, caerás entre mis brazos. Estoy presente también a la puerta de la muerte”.

Aquí, en el hospital “Gaslini”, se atiende a niños. ¿Cómo no pensar en la predilección que Jesús tuvo por los niños? Quiso que estuvieran a su lado, los señaló a los Apóstoles como modelos que hay que seguir por su fe espontánea y generosa, por su inocencia. Con palabras duras, puso en guardia contra quienes los desprecian y escandalizan. Se conmovió ante la viuda de Naím, una madre que había perdido a su hijo, a su hijo único. El evangelista san Lucas refiere que el Señor la tranquilizó y le dijo: “No llores” (*Lc* 7, 13). Jesús sigue repitiendo a quien sufre estas palabras consoladoras: “No llores”. Es solidario con cada uno de nosotros y, si queremos ser sus discípulos, nos pide que testimoniamos su amor a todo el que se encuentre en dificultades.

Por último, me dirijo a vosotros, amadísimos niños, para repetiros que el Papa os quiere mucho. Veo que junto a vosotros están vuestros familiares, que comparten con vosotros momentos de preocupación y esperanza. Tened todos la certeza de que Dios no nos abandona jamás. Permaneced unidos a él y no perderéis jamás la serenidad, ni siquiera en los momentos más oscuros y complejos [...] (*Discurso a los niños enfermos del hospital “Giannina Gaslini” de Génova*, 18 de mayo de 2008).

«“El Papa está con vosotros”»

[...] A los jóvenes pacientes y a los miembros de sus familias que se benefician de vuestra asistencia deseo decirles simplemente: “El Papa está con vosotros”. Hoy está con vosotros en persona, pero todos los días os acompaña espiritualmente a cada uno en sus pensamientos y en sus oraciones, pidiendo al Todopoderoso que vele sobre vosotros con su amorosa solicitud.

El padre Schnydrig describió este lugar como “uno de los pequeños puentes construidos para la paz”. Ahora que las camas han aumentado de catorce hasta ochenta, atendiendo a las necesidades de miles de niños cada año, ya no es un pequeño puente. Acoge a la vez a personas de diferentes orígenes, lenguas y religiones, en el nombre del reino de Dios, el reino de la paz (cf. *Rm* 14, 17) [...] (*Visita al Caritas Baby Hospital*, Belén 13 de mayo de 2009).

«Encuentro con los muchachos de la obra misional pontificia de la Infancia Misionera»

Me llamo Anna Filippone, tengo doce años, soy monaguilla, vengo de Calabria, de la diócesis de Oppido Mamertina-Palmi. Papa Benedicto, el papá de mi amigo Giovanni es italiano y su mamá, ecuatoriana; y él es

muy feliz. ¿Crees que las diferentes culturas podrán vivir un día sin pelearse en el nombre de Jesús?

Entiendo que queréis saber cómo nosotros nos ayudábamos unos a otros cuando éramos niños. Os puedo decir que viví los años de la escuela primaria en un pequeño pueblo de 400 habitantes, muy lejos de los grandes centros. Por tanto, éramos algo ingenuos; en ese pueblo, había unos agricultores muy ricos y otros menos ricos pero acomodados; y también había empleados pobres, artesanos. Poco antes de que yo comenzara la escuela primaria, nuestra familia había llegado a ese pueblo procedente de otro; por eso, éramos casi extranjeros para ellos; incluso el dialecto era diferente. Por tanto, en esa escuela se reflejaban situaciones sociales muy diversas. Sin embargo, reinaba gran comunión entre nosotros. Me enseñaron su dialecto, pues yo todavía no lo conocía. La colaboración era buena, y debo reconocer que, como es natural, en alguna ocasión también nos peleábamos, pero después nos reconciliábamos y olvidábamos lo que había sucedido.

Esto me parece importante. A veces, en la vida humana parece inevitable pelearse; pero, en cualquier caso, lo importante es el arte de reconciliarse, el perdón, volver a comenzar de nuevo y no dejar amargura en el alma. Recuerdo con gratitud cómo colaborábamos todos: uno ayudaba al otro y seguíamos juntos nuestro camino. Todos éramos católicos, y naturalmente esto era una gran ayuda. Así aprendimos juntos a conocer la Biblia, desde la creación hasta el sacrificio de Jesús en la cruz y los inicios de la Iglesia. Juntos aprendimos el catecismo, aprendimos a rezar juntos, nos preparamos juntos para la primera confesión, para la primera Comunión, que fue un día espléndido. Comprendimos que Jesús mismo viene a nosotros y que no es un Dios lejano: entra en nuestra vida, en nuestra alma. Y, si Jesús mismo entra en cada uno de nosotros, nosotros somos hermanos, hermanas, amigos y, por tanto, debemos comportarnos como tales.

Para nosotros esta preparación para la primera confesión como purificación de nuestra conciencia, de nuestra vida, y después también para la primera Comunión como encuentro concreto con Jesús, que viene a mí, que viene a todos nosotros, fueron factores que contribuyeron a formar nuestra comunidad. Nos ayudaron a avanzar juntos, a aprender juntos a reconciliarnos, cuando era necesario. Hacíamos también pequeños espectáculos: es importante también colaborar, prestar atención a los demás.

A los ocho o nueve años me hice monaguillo. En aquel tiempo no había todavía monaguillas, pero las muchachas leían mejor que nosotros. Por eso, ellas leían las lecturas de la liturgia, mientras que nosotros éramos mona-

guillos. En aquel tiempo, todavía había muchos textos en latín que había que aprender; así, cada uno tenía que hacer su parte de esfuerzo. Como he dicho, no éramos santos: nos peleábamos, pero había gran comunión, en la que no contaban las distinciones entre ricos y pobres, inteligentes y menos inteligentes. Contaba la comunión con Jesús en el camino de la fe común y en la responsabilidad común, en los juegos, en el trabajo común. Éramos capaces de vivir juntos, de ser amigos; y aunque desde 1937, es decir, desde hace más de setenta años, no he vuelto a ese pueblo, seguimos siendo amigos. Aprendimos a aceptarnos unos a otros, a soportarnos unos a otros.

Esto me parece importante: a pesar de nuestras debilidades, nos aceptamos; y con Jesucristo, con la Iglesia, encontramos juntos el camino de la paz y aprendemos a vivir bien.

Me llamo Letizia y te quería hacer una pregunta. Querido Papa Benedicto XVI, cuando eras pequeño, ¿qué quería decir para ti el lema: “Los niños ayudan a los niños”? ¿Pensaste alguna vez que llegarías a ser Papa?

A decir verdad, nunca pensé que llegaría a ser Papa, pues, como ya he dicho, era un muchacho bastante ingenuo, en un pequeño pueblo muy alejado de las ciudades, en una provincia olvidada. Éramos felices de vivir en esa provincia y no pensábamos en otras cosas. Naturalmente conocíamos, venerábamos y amábamos al Papa -era Pío XI-, pero para nosotros estaba a una altura inalcanzable, casi otro mundo; era nuestro padre, pero una realidad muy superior a todos nosotros. Y tengo que decir que todavía hoy me cuesta comprender cómo el Señor pudo pensar en mí, destinándome a este ministerio. Pero lo acepto de sus manos, aunque es algo sorprendente y me parece que supera con mucho mis fuerzas. Sin embargo, el Señor me ayuda.

Querido Papa Benedicto, soy Alessandro. Quiero preguntarte a ti que eres el primer misionero: nosotros, los muchachos, ¿cómo podemos ayudarte a anunciar el Evangelio?

Una primera manera es colaborar con la Obra pontificia de la Infancia Misionera. Así formáis parte de una gran familia, que lleva el Evangelio al mundo. Así pertenecéis a una gran red. Aquí se ve representada la familia de los diferentes pueblos. Vosotros estáis en esta gran familia: cada uno hace lo que está de su parte y juntos sois misioneros, promotores de la obra misionera de la Iglesia. Tenéis un hermoso programa, indicado por vuestra portavoz: escuchar, rezar, conocer, compartir, ser solidarios. Estos son los elementos esenciales que constituyen realmente una forma de ser misionero, de hacer que crezca la Iglesia y la presencia del Evangelio en el mundo. Quiero subrayar algunos de estos puntos.

Ante todo, rezar. La oración es una realidad: Dios nos escucha y, cuando rezamos, Dios entra en nuestra vida, se hace presente entre nosotros, y actúa. Rezar es algo muy importante, que puede cambiar el mundo, pues hace presente la fuerza de Dios. Y es importante ayudarse para rezar: rezamos juntos en la liturgia, rezamos juntos en la familia. Es importante comenzar el día con una pequeña oración y también acabar el día con una pequeña oración: recordar a vuestros padres en la oración. Rezar antes de la comida, antes de la cena, y con motivo de la celebración común del domingo. Un domingo sin misa, la gran oración común de la Iglesia, no es un verdadero domingo: le falta el corazón del domingo, y la luz para la semana. Podéis también ayudar a los demás, especialmente cuando no se reza en casa, cuando no se conoce la oración, enseñándoles a rezar: al rezar con ellos se introduce a los demás en la comunión con Dios.

Luego hay que escuchar, es decir, aprender realmente lo que nos dice Jesús. Además, hay que conocer la Sagrada Escritura, la Biblia. En la historia de Jesús -como ha dicho el cardenal- descubrimos el rostro de Dios, aprendemos cómo es Dios. Es importante conocer a Jesús de forma profunda y personal. Así entra en nuestra vida y, a través de nuestra vida, entra en el mundo.

También hay que compartir, no querer las cosas sólo para uno mismo, sino para todos; compartir con los demás. Y si vemos que otro tiene necesidad, que tiene menos cualidades, debemos ayudarle, para hacer presente el amor de Dios sin grandes palabras en nuestro pequeño mundo personal, que forma parte del gran mundo. Así, juntos nos convertimos en una familia, en la que uno respeta al otro: soporta al otro en su alteridad, acepta incluso a los antipáticos, no deja que uno quede marginado, sino que lo ayuda a integrarse en la comunidad.

Todo esto quiere decir simplemente vivir en esta gran familia de la Iglesia, en esta gran familia misionera. Vivir los puntos esenciales como el compartir, el conocimiento de Jesús, la oración, la escucha recíproca y la solidaridad es una obra misionera, pues ayuda a que el Evangelio se haga realidad en nuestro mundo (*Diálogo con los muchachos de la obra misionera pontificia de la Infancia Misionera*, 30 de mayo de 2009).

«**Estamos en onda**»

[...] Sé que este año estáis comprometidos particularmente en el tema “Estamos en onda” para poneros en comunicación con Jesús y con los demás, teniendo como referencia la imagen bíblica de Zaqueo, que se encontró con

el Señor y lo acogió con alegría. También vosotros sois pequeños como Zaqueo, que se subió a un árbol porque quería ver a Jesús, pero el Señor, alzando la mirada, se dio cuenta de él en seguida, en medio de la multitud. Jesús os ve y os escucha aunque seáis pequeños, aunque a veces los adultos no os consideren como quisierais. Jesús no sólo os ve, sino que sintoniza vuestra onda, quiere quedarse con vosotros, estar con vosotros, entablar con cada uno de vosotros una fuerte amistad. Esto lo hizo naciendo en Belén y haciéndose cercano a los muchachos y a los hombres de todos los tiempos, también a cada uno de nosotros.

Queridos amigos, ante Jesús, imitad siempre el ejemplo de Zaqueo, que bajó en seguida del árbol, lo acogió lleno de alegría en su casa y ya no dejó de festejarlo. Acogedlo en vuestra vida todos los días, entre los juegos y las tareas, en las oraciones, cuando pide vuestra amistad y vuestra generosidad, cuando sois felices y cuando tenéis miedo. En Navidad, una vez más, el amigo Jesús os sale al encuentro y os llama. Es al Hijo de Dios, es al Señor a quien veis cada día en las imágenes presentes en las iglesias, en las calles, en las casas. Él os habla siempre del amor “más grande”, capaz de entregarse sin límites, de traer paz y perdón.

Sólo la presencia de Jesús en vuestra vida da alegría plena, porque él es capaz de hacer siempre nuevas y bellas todas las cosas. Él no os olvida nunca. Si le decís cada día que “estáis en onda”, esperad seguramente que él os llame para enviaros un mensaje de amistad y afecto. Lo hace cuando participáis en la santa misa, cuando os dedicáis al estudio, a vuestras tareas cotidianas, y cuando sabéis realizar gestos de comunión, de solidaridad, de generosidad y de amor hacia los demás. Así podréis decir a vuestros amigos, a vuestros padres, a vuestros animadores, a vuestros educadores, que habéis logrado ponerlos en onda con Jesús en vuestra oración, al cumplir vuestros deberes y cuando sois capaces de estar al lado de tantos muchachos y muchachas que sufren, especialmente a los que vienen de países lejanos y a menudo están abandonados, sin padres y sin amigos [...] (*Discurso a los niños de la Acción Católica Italiana*, 19 de diciembre de 2009).

«San Tarsicio»

[...] ¿Quién era san Tarsicio? No tenemos muchas noticias de él. Estamos en los primeros siglos de la historia de la Iglesia; más exactamente en el siglo III. Se narra que era un joven que frecuentaba las catacumbas de san Calixto, aquí en Roma, y era muy fiel a sus compromisos cristianos. Amaba mucho la Eucaristía, y por varios elementos deducimos que probablemente era un

acólito, es decir, un monaguillo. Eran años en los que el emperador Valeriano perseguía duramente a los cristianos, que se veían forzados a reunirse a escondidas en casas privadas o, a veces, también en las catacumbas, para escuchar la Palabra de Dios, orar y celebrar la santa misa. También la costumbre de llevar la Eucaristía a los presos y a los enfermos resultaba cada vez más peligrosa. Un día, cuando el sacerdote preguntó, como solía hacer, quién estaba dispuesto a llevar la Eucaristía a los demás hermanos y hermanas que la esperaban, se levantó el joven Tarsicio y dijo: «Envíame a mí». Ese muchacho parecía demasiado joven para un servicio tan arduo. «Mi juventud -dijo Tarsicio- será la mejor protección para la Eucaristía». El sacerdote, convencido, le confió aquel Pan precioso, diciéndole: «Tarsicio, recuerda que a tus débiles cuidados se encomienda un tesoro celestial. Evita los caminos frecuentados y no olvides que las cosas santas no deben ser arrojadas a los perros ni las perlas a los cerdos. ¿Guardarás con fidelidad y seguridad los Sagrados Misterios?». «Moriré -respondió decidido Tarsicio- antes que cederlos». A lo largo del camino se encontró con algunos amigos, que acercándose a él le pidieron que se uniera a ellos. Al responder que no podía, ellos -que eran paganos- comenzaron a sospechar e insistieron, dándose cuenta de que apretaba algo contra su pecho y parecía defenderlo. Intentaron arrancárselo, pero no lo lograron; la lucha se hizo cada vez más furiosa, sobre todo cuando supieron que Tarsicio era cristiano; le dieron puntapiés, le arrojaron piedras, pero él no cedió. Ya moribundo, fue llevado al sacerdote por un oficial pretoriano llamado Cuadrado, que también se había convertido en cristiano a escondidas. Llegó ya sin vida, pero seguía apretando contra su pecho un pequeño lienzo con la Eucaristía. Fue sepultado inmediatamente en las catacumbas de san Calixto. El Papa san Dámaso hizo una inscripción para la tumba de san Tarsicio, según la cual el joven murió en el año 257. El Martirologio Romano fija la fecha el 15 de agosto y en el mismo Martirologio se recoge una hermosa tradición oral, según la cual no se encontró el Santísimo Sacramento en el cuerpo de san Tarsicio, ni en las manos ni entre sus vestidos. Se explicó que la partícula consagrada, defendida con la vida por el pequeño mártir, se había convertido en carne de su carne, formando así con su mismo cuerpo una única hostia inmaculada ofrecida a Dios.

Queridas y queridos monaguillos, el testimonio de san Tarsicio y esta hermosa tradición nos enseñan el profundo amor y la gran veneración que debemos tener hacia la Eucaristía: es un bien precioso, un tesoro cuyo valor no se puede medir; es el Pan de la vida, es Jesús mismo que se convierte en alimento, apoyo y fuerza para nuestro peregrinar de cada día, y en camino abierto hacia la vida eterna; es el mayor don que Jesús nos ha dejado.

Me dirijo a vosotros, aquí presentes, y por medio de vosotros a todos los monaguillos del mundo. Servid con generosidad a Jesús presente en la Eucaristía. Es una tarea importante, que os permite estar muy cerca del Señor y crecer en una amistad verdadera y profunda con él. Custodiad celosamente esta amistad en vuestro corazón como san Tarsicio, dispuestos a comprometeros, a luchar y a dar la vida para que Jesús llegue a todos los hombres. También vosotros comunicad a vuestros coetáneos el don de esta amistad, con alegría, con entusiasmo, sin miedo, para que puedan sentir que vosotros conocéis este Misterio, que es verdad y que lo amáis. Cada vez que os acercáis al altar, tenéis la suerte de asistir al gran gesto de amor de Dios, que sigue queriéndose entregar a cada uno de nosotros, estar cerca de nosotros, ayudarnos, darnos fuerza para vivir bien. Como sabéis, con la consagración, ese pedacito de pan se convierte en Cuerpo de Cristo, ese vino se convierte en Sangre de Cristo. Sois afortunados por poder vivir de cerca este inefable misterio. Realizad con amor, con devoción y con fidelidad vuestra tarea de monaguillos. No entréis en la iglesia para la celebración con superficialidad; antes bien, preparaos interiormente para la santa misa. Ayudando a vuestros sacerdotes en el servicio del altar contribuís a hacer que Jesús esté más cerca, de modo que las personas puedan sentir y darse cuenta con más claridad de que él está aquí; vosotros colaboráis para que él pueda estar más presente en el mundo, en la vida de cada día, en la Iglesia y en todo lugar. Queridos amigos, vosotros prestáis a Jesús vuestras manos, vuestros pensamientos, vuestro tiempo. Él no dejará de recompensaros, dándoos la verdadera alegría y haciendo que sintáis dónde está la felicidad más plena. San Tarsicio nos ha mostrado que el amor nos puede llevar incluso hasta la entrega de la vida por un bien auténtico, por el verdadero bien, por el Señor.

Probablemente a nosotros no se nos pedirá el martirio, pero Jesús nos pide la fidelidad en las cosas pequeñas, el recogimiento interior, la participación interior, nuestra fe y el esfuerzo de mantener presente este tesoro en la vida de cada día. Nos pide la fidelidad en las tareas diarias, el testimonio de su amor, frecuentado la Iglesia por convicción interior y por la alegría de su presencia. Así podemos dar a conocer también a nuestros amigos que Jesús vive. Que en este compromiso nos ayude la intercesión de san Juan María Vianney -cuya memoria litúrgica se celebra hoy-, de este humilde párroco de Francia que cambió una pequeña comunidad y así dio al mundo nueva luz. Que el ejemplo de san Tarsicio y de san Juan María Vianney nos impulse cada día a amar a Jesús y a cumplir su voluntad, como hizo la Virgen María, fiel a su Hijo hasta el final. Gracias, una vez más, a todos. Que Dios os bendiga en

estos días. Os deseo un feliz regreso a vuestros países (*Audiencia general*, 4 de agosto de 2010).

«Dios ha escrito un libro»

[..] Queridos niños, vosotros vais a la escuela, aprendéis naturalmente, y he pensado que han pasado 77 años desde que yo comencé a ir al colegio. Estaba en un pequeño pueblo de 300 almas, un poco «detrás de la luna», se diría; sin embargo, aprendimos lo esencial. Sobre todo aprendimos a leer y escribir, y pienso que es algo grande poder escribir y leer, porque así podemos conocer el pensamiento de los demás, leer los periódicos, los libros; podemos conocer todo lo que se ha escrito hace dos mil años o incluso hace más tiempo; podemos conocer los continentes espirituales del mundo y comunicarnos; y sobre todo hay algo extraordinario: Dios ha escrito un libro, es decir, nos ha hablado a los hombres y ha encontrado a personas que han escrito el libro con la Palabra de Dios, de modo que, leyéndolo, también podemos leer lo que Dios nos dice. Y esto es muy importante: aprender en la escuela todas las cosas necesarias para la vida y aprender también a conocer a Dios, conocer a Jesús y así conocer cómo se vive bien. En la escuela encontráis a muchos amigos y es hermoso; así se forma una gran familia. Pero entre los grandes amigos, el primero que encontramos, que conocemos, debería ser Jesús, que es amigo de todos y que nos da realmente el camino de la vida (*Discurso a los alumnos de la escuela pontificia Pablo VI de las Maestras Pías Filipinas*, Catelgandolfo 23 de septiembre de 2010).

«Encuentro con los muchachos y jóvenes de la Acción Católica Italiana»

Pregunta de un muchacho de la Acción católica:

Santidad, ¿qué significa hacerse mayores? ¿Qué debo hacer para crecer siguiendo a Jesús? ¿Quién me puede ayudar?

Queridos amigos de la Acción católica italiana:

[...] He escuchado la pregunta del muchacho de la Acción católica. La respuesta más hermosa sobre qué significa hacerse mayores la lleváis todos escrita en vuestras camisetas, en las gorras, en las pancartas: «Hay algo más». Este lema vuestro, que no conocía, me ha hecho reflexionar. ¿Qué hace un niño para ver si crece? Confronta su altura con la de sus compañeros; e imagina que llega a ser más alto, para sentirse más grande. Yo, cuando era muchacho, a vuestra edad, en mi clase era uno de los más pequeños, y tenía

aún más el deseo de ser algún día muy grande; y no sólo grande de estatura, sino que quería hacer algo grande, algo más en mi vida, aunque no conocía esta frase «hay algo más». Crecer en estatura implica este «hay algo más». Os lo dice vuestro corazón, que desea tener muchos amigos, que está contento cuando se porta bien, cuando sabe dar alegría a papá y mamá, pero sobre todo cuando encuentra a un amigo insuperable, muy bueno y único, que es Jesús. Ya sabéis cuánto quería Jesús a los niños y los muchachos. Un día muchos niños como vosotros se acercaron a Jesús, porque se había entablado un buen entendimiento, y en su mirada percibían el reflejo del amor de Dios; pero había también adultos a quienes, en cambio, esos niños importunaban. A vosotros también os pasa que alguna vez, mientras jugáis y os divertís con los amigos, los mayores os dicen que no molestéis... Pues bien, Jesús regaña a esos adultos y les dice: Dejad aquí a todos estos muchachos, porque tienen en el corazón el secreto del reino de Dios. Así enseñó Jesús a los adultos que también vosotros sois «grandes» y que los adultos deben custodiar vuestra grandeza, que es la de tener un corazón que ama a Jesús. Queridos niños, queridos muchachos: ser «grandes» significa amar mucho a Jesús, escucharlo y hablar con él en la oración, encontrarlo en los sacramentos, en la santa misa, en la confesión; quiere decir conocerlo cada vez más y darlo a conocer a los demás, quiere decir estar con los amigos, también con los más pobres, los enfermos, para crecer juntos. Y la Acción católica forma parte de ese «más», porque no estáis solos en el amor a Jesús -sois muchos, lo vemos también esta mañana-, sino que os ayudáis unos a otros; porque no queréis dejar que ningún amigo esté solo, sino que queréis decir muy alto a todos que es hermoso tener a Jesús como amigo y es hermoso ser amigos de Jesús; y es hermoso serlo juntos, con la ayuda de vuestros padres, sacerdotes y animadores. Así llegaréis a ser grandes de verdad, no sólo porque sois más altos, sino porque vuestro corazón se abre a la alegría y al amor que Jesús os da. Y así se abre a la verdadera grandeza, estar en el gran amor de Dios, que también es siempre amor a los amigos. Esperamos y oramos para crecer en este sentido, para encontrar ese «algo más» y ser verdaderamente personas con un corazón grande, con un Amigo grande que nos da su grandeza también a nosotros. Gracias (*Encuentro con los muchachos y jóvenes de la Acción Católica Italiana*, 30 de octubre de 2010).

«Quiero deciros que os quiero mucho y que estoy cerca de vosotros»

¿Por qué he venido aquí, entre vosotros, hoy, el día en que comenzamos a celebrar la solemnidad de la Epifanía? Ante todo para decir gracias. Gracias

a vosotros, niños que me habéis acogido: quiero deciros que os quiero mucho y que estoy cerca de vosotros con mi oración y mi afecto, también para daros fuerza a la hora de afrontar la enfermedad [...]

Queridos niños y muchachos, he querido venir a visitaros para hacer un poco como los Magos, como habéis hecho vosotros: los Magos llevaron a Jesús dones —oro, incienso y mirra— para manifestarle adoración y afecto. Hoy también yo os he traído algunos regalos, precisamente para que sintáis, a través de un pequeño signo, la simpatía, la cercanía y el afecto del Papa. Quisiera que todos, adultos y niños, en este tiempo de Navidad recordáramos que el regalo más grande nos lo ha hecho Dios a cada uno de nosotros.

Miremos la cueva de Belén: ¿a quién vemos? ¿A quién encontramos? Está María, está José, pero sobre todo, está un niño pequeño que necesita atención, cuidados, amor: ese niño es Jesús, ese niño es Dios mismo que quiso venir a la tierra para mostrarnos cuánto nos quiere; es Dios que se ha hecho niño como vosotros para deciros que siempre está a vuestro lado y para deciros a cada uno de nosotros que todo niño lleva su rostro [...] (*Visita a los niños ingresados en la sección de pediatría del Policlínico Gemelli de Roma*, 5 de enero de 2011).